

La mujer y el mal

Dra. Graciela Hierro

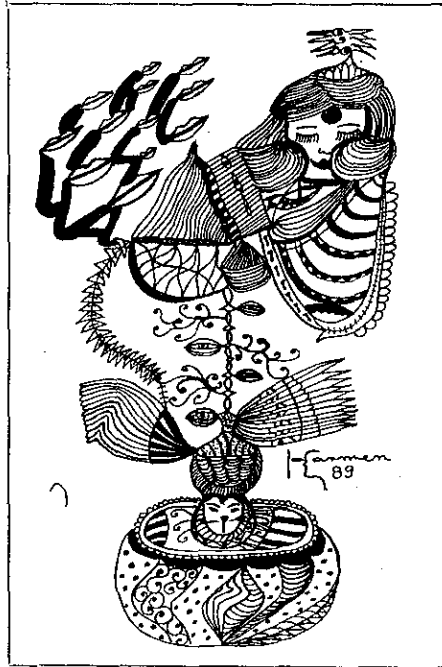
Hay un principio bueno que creó el orden, la luz, y el hombre; y un principio malo que creó el caos, la obscuridad y la mujer". (Pitágoras).

En la imaginación cotidiana las mujeres estamos unidas al "mal" como la hiedra a la pared. Esto ha sucedido a partir de que nos convertimos en tema de estudio, primero de la mitología, posteriormente de la teología y la literatura; culminando nuestra definición en la filosofía y finalmente nuestra descripción en la ciencia. Todos estos estudios nos definieron y nos fijaron como: "lo otro", encarnación del principio femenino oscuro y peligroso. Desde entonces somos seres carentes de identidad y de aseidad (ser), precisamente por constituir "lo otro". Contrapuesto a lo que sí es: el ser completo, pleno de sentido, luminoso: los hombres.

Lo anterior se debe a la idea tan familiar de que el bien es el ser y el mal es el no ser. Según explica la teología cristiana en boca de San Agustín. Es por ello que nuestro "no ser" nos unió entrañablemente con el mal.

Antes de continuar debo advertir que cuando digo "hombres", como lo hace todo el mundo al utilizar este vocablo, me refiero a los hombres, es decir, al sexo masculino. Cuando quiero hablar de las mujeres, lo hago explícito, también como todo el mundo. Que nadie se engañe y crea que "hombres" somos también nosotras.

Esta unión de mujer-mal ocurre también a causa de razones empíricas, físicas, comprobables. Como son los avatares de nuestra biología: Por los misterios de la menstruación



y la procreación. Nuestro estado morbooso puede obedecer a nuestra condición de eternamente "enfermas", histéricas víctimas de la matriz que produce —además de niños—, locura. Enfermedades mensuales que desembocan en el "alivio" del parto y terminan en el limbo inefable de la menopausia. O tal vez se deba a nuestra anatomía con el sexo escondido, húmedo y al parecer, profundamente peligroso. —Recuérdese aquello de la "vagina dentada" y otras suposiciones semejantes—.

La causa, o más bien el síndrome: Mujer —mal— ocurre asimismo por razones históricas: La rebeldía de algunas mujeres. Por ejemplo, es bien sabido que las brujas en el Medioevo se unieron al demonio, para luchar contra el orden feudal. Conocemos cómo terminó esta historia: En las hogueras, aplastadas por el MARTILLO DE LAS BRUJAS. (Malleus maleficarum).

La imaginación popular también nos condena: En este país, si juzgamos a las mujeres a través de las canciones mexicanas, pensaríamos que son el prototipo de la maldad, por el sufrimiento que causan a los hombres. Gran parte del daño "del mexicano" ocurre "por las malditas mujeres". (Tal como afirma la sabiduría popular encerrada en el corrido de la "Cárcel de Cananea").

Creo que para tratar de entender este asunto tan serio, tendremos que plantear primero, la cuestión filosófica de qué es el mal. En segundo lugar, referirnos a la interpretación mítica y religiosa del origen de la maldad en el mundo (en la versión del Occidente). Finalizaremos este artículo hablando brevemente de las posibilidades de superación de este estado de cosas.

EL MAL

El mal se define por oposición al bien y es globalmente lo que siempre hay que rechazar. El mal moral se mide frente a un bien definido por los valores y las normas morales de la vida cotidiana.

Se considera que el mal moral es resultado de la debilidad fundamental de la naturaleza humana. De la incapacidad que tenemos de dominar la pasión. Y, por tanto, el "sexo débil" por antonomasia, es el que falta más. Las mujeres estamos siempre a merced de nuestra pasión. ¡Cómo negar que las mujeres somos apasionadas!

LA FILOSOFÍA

Simone de Beauvoir en EL SEGUNDO SEXO plantea el problema del mal desde el punto de vista filosófico. Y así dice que al institucionali-

zarse el orden patriarcal: el reino del padre, el patrón y el padre eterno, el hombre, se afirma como sujeto libre, dando origen al "otro": la mujer. Desde ese momento la relación con el otro es dramática. La existencia del otro se convierte en un reto, peligro y desafío. El surgimiento de la filosofía griega muestra que la alteridad, la otredad es la negación y por tanto el mal. Al postular al otro se define un maniqueísmo: el bien se opone al mal por principio.

El otro es la pasividad confrontando a la actividad. La diversidad que destruye la unidad. La materia que se opone a la forma. El desorden frente al orden. Así la mujer se identifica con el mal. Y por ello, es sujeto de la hostilidad masculina.

La hostilidad refleja también el miedo. La desconfianza frente a su ambivalencia en el poder: Si primero se le consideró sagrada, luego fue impura. Eva fue el regalo de Jehová para Adán, y luego se convirtió en la causa de la ruina de la humanidad.

Los dioses paganos, cuando desean vengarse de los hombres, crean a la mujer. Y la primera mujer fruto de esta creación es Pandora, la que desata el sufrimiento de la humanidad. La historia de Pandora relatada por Hesiodo en *LOS TRABAJOS Y LOS DIAS*, la pinta como el instrumento contra los hombres, para castigar a Prometeo que roba el fuego a los dioses. Hesiodo describe a Pandora como la poseedora de todas las gracias femeninas, pero llena de: "falsedad, pensamientos, traiciones y naturaleza, ladrona".

Por la ley de los contrarios, el bien requiere del mal, y el hombre de la mujer. Para satisfacer sus deseos, para perpetuar su estirpe, la mujer es indispensable. Por ello hay que conferirle su lugar en el orden social, en tanto que acepte el orden establecido por los hombres y no intente rebelarse. Sólo así podrá recobrar su valor perdido.

Con otras imágenes después de "la caída", no será ya la diosa creadora, tampoco la indomable amazona, ni la reina poderosa. Será la vir-

gen, la casta y obediente esposa, la madre de Dios y los hombres. Esta ambivalencia la acompaña hasta nuestros días. En gran medida seguimos siendo "lo otro", la sierva del hombre.

(Beauvoir, S. *El segundo sexo*. p. 90).

LA RELIGION

Los estudios religioso-históricos muestran la veneración a las diosas. Hay evidencia que a partir del paleolítico, en el neolítico, en los comienzos de la civilización antigua, se encuentra por doquier la imagen difusa de la diosa, sin acompañamiento del culto de un dios masculino. E.O James, en su libro clásico *EL CULTO DE LA DIOSA MADRE*, afirma que esta veneración es una de las más antiguas y de mayor sobrevivencia en las religiones del mundo antiguo. (Citado en: *SEXIEM & GOD TAL*. Radford Reuther, Rosemary, pág. 470).

Tanto en la tradición hebrea del *GENESIS*, como en la creación platónica del *TIMEO*, se habla de una materia primitiva ya existente, a la que le da forma el Dios creador. Y esta materia se torna el punto más bajo en la jerarquía del ser. Así, la jerarquización de Dios-hombre-mujer, no sólo hace a la mujer secundaria en relación con Dios, también le confiere una identidad negativa en relación con lo divino. Mientras el hombre es visto esencialmente como la imagen del Dios masculino trascendente, la mujer se contempla como la imagen de lo más bajo, la representación de la naturaleza material. Aunque ambos —hombre y mujer— son vistos por la teología cristiana como "naturalezas mezcladas", la identidad masculina apunta hacia lo celeste y la femenina a lo subterráneo. El género se convierte en el símbolo primario del dualismo de trascendencia e immanencia, espíritu y materia, hombre-mujer. Con la derrota de la Diosa por el Dios hombre, se consuma la unión de la mujer con la tierra. Es la madre naturaleza, la madre tierra, la

"Pacha-mama" de los Incas. Lo terrestre frente a lo celeste y luminoso que es el principio masculino racional creador y regidor de lo existente: Lo apolíneo.

Es en la Teología cristiana donde aparece más clara la unión mujer-mal. Propia de la religión monoteísta patriarcal que representa —en el cielo— la derrota de las viejas religiones de las diosas madres. Nuestra Coatlicue es un claro ejemplo de esta afirmación. Ella es la figura prístina del panteón azteca: Madre de los dioses, origen de todo lo existente, derrotada primero por Huitzilopochtli, su hijo, y luego por Cristo, al identificarse con María de Guadalupe.

Como hemos visto, a vuelo de pájaro, así se construyen las historias de cómo comenzó el mal. Si fue Eva "tentando" a Adán a través de la serpiente. O si todo se debió a la derrota de las "madres" Diosas por el Dios Padre. Cualquiera que sea la versión del "mal" que se adopte, el centro del drama siempre es la persona humana que se sitúa en oposición, en la angustia de elegir: frente a la enajenación o falsificación de su propio ser, la posibilidad de una existencia auténtica.

El destino humano consiste en huir de la maldad y alcanzar la bondad humana, en esa medida alcanzar en esta tierra el ser real. Para las mujeres este ser real también significa ser persona.

El desajuste primario de la relación: ser, y lo otro es la consideración asimétrica de la humanidad entre masculino y femenino, significando el dualismo de la superioridad frente a la inferioridad. De lo que ofrece la norma de lo humano, frente a lo inferior y servil. Los mitos de la inferioridad femenina y de su maldad asociada a la materialidad de la naturaleza, no responden a una "esencia" del ser femenino. No somos las mujeres las creadoras y las perpetuadoras de estas ideas y prácticas acerca del mal, como se nos hace creer en la socialización genérica. Nosotras no inventamos estos mitos ni favorecemos estas

prácticas —las sufrimos—. Los hombres necesitan aliviarse la culpa colectiva y su responsabilidad del sexismo, precisamente porque viven en una relación íntima con nosotras. De allí que hayan creado los mismos hombres, las explicaciones míticas, religiosas, filosóficas y científicas que pretenden justificar la opresión femenina: COMO PRODUCTO DE LA UNION MUJER-MAL. En otras palabras, merecemos la opresión por nuestra perversidad constitutiva.

Los mitos de la maldad femenina se encuentran enraizados en los estratos más antiguos de la cultura humana. Un lugar temprano pueden haber sido los ritos masculinos de la pubertad en los cuales el hombre se separa violentamente del mundo femenino y sufre la separación de la madre, al ser iniciado violentamente en el mundo masculino. Entonces se originan los cuentos de la maldad del matriarcado, y de su contrapartida: la bondad del sometimiento a lo masculino, para mitigar el dolor de la ruptura. (Ibidem)

Sin duda el mito de Eva tuvo mayor impacto cultural que el de Pan-

dora. Está “sostenido” por toda la Teología —más bien Cristiana que Hebrea—. Es producto de la teología de Saul de Tarso: de San Pablo, la que confirma la maldad femenina. Pablo eleva la idea del pecado a sus límites más extremados.

La interpretación de San Agustín y sus sucesores marca la “Caída de Adán” como la alienación del bien. La necesidad de la redención por la Encarnación y la muerte de Cristo-Dios. Así, el chivo expiatorio Eva, no sólo es la causante de la caída de Adán lo cual hace que las mujeres, sus hijas, sean las culpables de la impotencia radical del “hombre” frente al mal. ¡Suceso sólo rescatable por la muerte de Cristo!

Se puede llevar, entonces, la culpa de las mujeres a sus últimas consecuencias: A causa de las mujeres Cristo debe morir en la cruz.

Y así las historias se han sucedido: Pandora, Eva, Lilith, la esposa rebelde de Adán. Las brujas, las sufragistas y finalmente, ahora: las feministas. Todas constituyen la población de “las malditas mujeres”.

¿Cómo precavernos del mal? ¿Cómo salvar a las mujeres y a los hombres de sus garras!

No creo que exista otra forma de hacerlo más que anulando la desigualdad genérica. Reestableciendo la unidad primaria. Pienso que el verdadero origen del mal —y ahora me refiero al mal social— la injusticia y el sufrimiento innecesario, se deben, en gran medida, a todas las desigualdades.

El mal consiste en pensar, actuar y defender la idea de que “el otro como yo, no es igual a mí” ni en su ser, ni en su valer. Los ricos y pobres no son iguales, tampoco lo son los puros e impuros, blancos y negros. Todos somos iguales, aunque “unos más que otros”.

Pero son los hombres y las mujeres los que constituyen la desigualdad genérica —arquetipo de las demás desigualdades humanas—. La culpa siempre se coloca del lado más débil de la pareja, aquella que de víctima se le convierte en delincuente.

La superación del mal social vendrá cuando alcancemos los géneros la igualdad en la diferencia. Cuando apuntemos contra las causas reales de la opresión del género.

Entonces podremos inventar nuevas formas de relación entre los géneros, que nos permitan gozar de la diferencia de hombre y mujer, pero en la igualdad. Y esa es la UTOPIA que perseguimos las feministas. ☺

¹ Cirilo de Alejandría, furioso defensor de la ortodoxia, mostró su celo apostólico de manera práctica, fomentando la persecución en contra de la comunidad judía de Alejandría. Cooperó al asesinato brutal de Huipatia, una de las pocas mujeres que adornan los anales de la matemática. A su debido tiempo Cirilo fue canonizado.

Russell, Bertrand. WISDOM OF THE WEST. pág. 138.

BIBLIOGRAFIA

Beauvoir, S. THE SECOND SEX. Vintage Books. Random House, N.Y. 1974.
Radfor, Ruether, Rosemary. SEXISM AND GOD-TALK. Beacon Press, Boston. 1983.



Luis Arnes Chaticó